



La sangre
no miente **Walter
Kirn**

La sangre no miente

Walter
Kirn

Traducción de
Aleix Montoto

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1431

Título original: *Blood Will Out*

© Walter Kirn, 2014

© por la traducción, Aleix Montoto, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2018

ISBN: 978-84-233-5371-2

Depósito legal: B. 7.303-2018

Composición: Pleca Digital, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

En aquel momento me pareció un gesto noble, y la idea de embarcarme en una aventura me resultó atractiva. El verano en que mi esposa estaba embarazada de nuestro primer hijo y el presidente Clinton estaba a punto de ser impugnado, me ofrecí voluntario para llevar a una perra lisiada desde mi casa de Montana, donde estaba siendo cuidada por los mecenas de nuestra asociación protectora de animales local, hasta el apartamento en Nueva York de un joven rico, un Rockefeller que la había adoptado por internet.

Su nombre de pila era Clark. Nos conocimos por teléfono. Lo llamé para hacerle un favor a mi esposa, Maggie, presidenta de la protectora de animales, que estaba intentando ayudar a su vez a Harry y Mary Piper, las personas que habían rescatado al pobre animalito después de que hubiera sido atropellado por un coche. Ellos habían pagado la cirugía que le salvó la vida, se habían encargado de que recibiera masajes reiki y le habían enseñado a utilizar una silla de ruedas canina que hacía el trabajo de sus paralizadas patas traseras. Recientemente, los Piper, herederos de una fortuna bancaria de Minnesota y devotos episcopalianos (Mary estaba formándose para ser ordenada sacerdote), nos habían invitado a cenar a Maggie y a mí y se habían quejado de las dificultades para transportar a la perra a la Costa Este. Temían confiarla a una aerolínea comercial a causa de su delicado estado, y si bien Clark les había dicho que tenía un

avión, al parecer en ese momento no estaba disponible porque su esposa, Sandra, una consultora de comercio internacional, lo había utilizado para desplazarse a China. Cuando me enteré de esto, me ofrecí a hacer de intermediario, en parte para aliviar la culpabilidad que sentía por la muerte de uno de los perros del refugio de Maggie al que había atropellado con mi camioneta unos pocos meses antes. Pero también tenía otra razón para querer hablar con Clark: yo era escritor, y en ese momento, tras haber acabado un libro y a la espera de empezar el siguiente, tenía la impresión de que iba a conocer a todo un personaje.

Durante nuestra primera conversación telefónica, Clark me contó la historia de la adopción. Me dijo que se había enterado de la existencia de la perra, cuyo nombre era *Shelby*, a través de una página web dedicada a encontrar amos para setters escoceses sin hogar. A él le encantaba esa raza por sus vínculos con la realeza británica y por su temperamento animado y entusiasta. Supo al instante que la quería, dijo, e intercambió varios correos electrónicos con los Piper para convencerlos de que era el dueño perfecto. Vivía a tan sólo una manzana de Central Park, lo que significaba que *Shelby* tendría un gran espacio en el que ejercitarse y «practicar la caza matutina de ardillas». Además, añadió Clark, en el piso de debajo del suyo vivía el «mejor veterinario acupuntor» de Manhattan. Añadió que ya había hablado con él, y estaba seguro de que, con su ayuda, algún día *Shelby* se recuperaría del todo.

—Me temo que eso es improbable —le dije yo—. Tiene la columna vertebral destrozada. No estoy seguro de si está al tanto, pero es posible que alguien le disparase antes de ser atropellada.

—¿La han tratado alguna vez con acupuntura?

—La verdad es que no —tartamudeé yo.

—Entonces desconoce sus propiedades mágicas.

La conversación telefónica duró más de una hora,

retrasando con ello mis quehaceres. Esa mañana debía entregar un artículo a la revista *Time*. En un pequeño despacho situado encima de una tienda de ropa campera me dedicaba a convertir un montón de páginas redactadas por diversos corresponsales del país en una historia inteligible sobre algún asunto de sociología popular —violencia televisiva, hijos de divorciados—, imposible de tratar en cien páginas, pero que yo tenía que resumir en cuatro. No me gustaba mucho el trabajo, pero necesitaba el dinero porque recientemente había pedido un préstamo de medio millón de dólares para comprar un rancho de doscientas hectáreas situado a quince kilómetros al norte del pueblo de Livingston («a la sombra de las Montañas Locas», al decir del poético agente inmobiliario). La propiedad consistía en unas pintorescas ruinas formadas por cercas caídas, pastos sobreexplotados y corrales destartados cuyos henares estaban irrigados por acequias poco profundas repletas de guaridas de serpientes de cascabel y agujeros de tejones. La casa tenía una cocina con un aseo, al aire libre, no lejos del fregadero, y el piso superior estaba abandonado y cerrado con tablores de madera. Había comprado el lugar para cumplir el sueño de llevar una vida campesina autosuficiente, pero estaba descubriendo que pagarlo suponía trabajar más duro de lo que lo había hecho nunca y en encargos mucho más deprimentes de lo que podía soportar. Lo que más miedo me daba era que, según mi préstamo —un contrato privado firmado con el antiguo dueño del rancho, un pediatra de Billings—, si me saltaba un solo pago mensual podía llegar a perder el lugar.

Clark fue quien más habló durante esa primera conversación telefónica. Me contó muchas cosas sobre él, algunas de las cuales resultaban difíciles de procesar sin la posibilidad de ver su rostro y saber si estaba bromeando o exagerando. Me dijo, por ejemplo, que no había cursado secundaria. También que coleccionaba arte moderno,

pero que le parecía feo: «Meros vómitos sobre lienzos». Que comía pan hecho por él mismo. Y que tenía otro setter escocés llamado *Yates* al que colmaba con comidas de tres platos preparadas con ingredientes frescos por su chef particular. Luego me preguntó cuál era mi número de fax para poder enviarme las recetas.

—¿De veras escribe esas recetas? —le pregunté.

—Lo hacen mis empleados —me contestó.

Mientras esperaba el documento sentado a mi abarrotado escritorio, bebiendo café frío e ignorando el pitido de la línea telefónica (mis editores del *Time* estaban intentando ponerse en contacto conmigo), le pregunté a Clark a qué se dedicaba. Tenía la impresión de que no hacía absolutamente nada.

—Actualmente —me contestó— ejerzo de banco central por cuenta propia.

Le pedí que me diera más detalles.

—Piense en el suministro de dinero de un país como en un lago o un río que hay detrás de una presa —dijo—. Y piense en mí como en el guardián de esa presa. Yo decido cuánta agua pasa a las turbinas, a qué velocidad y durante cuánto tiempo. El truco es dejar pasar suficiente agua para nutrir y sostener los cultivos del país, pero no tanta como para que llegue a inundar los campos y anegarlos.

—¿Qué países? —le pregunté entonces—. ¿Para quién hace eso?

—¿Actualmente? Tailandia.

—Es una responsabilidad muy grande.

—Es divertido.

—¿Y qué países antes de Tailandia?

—Eso es confidencial.

—No puede tratarse de una profesión muy común.

—Nos la inventamos. Es decir, lo hizo mi empresa, Asterisk LLC.

Hablaba con un acento entrecortado e internacional, y ocasionalmente utilizaba palabras como «antaño» o

«indecoroso», que parecían colocarle una corbata a la frase que las incluía. Supuse que esa peculiar forma de hablar se debía al hecho de haber sido educado en un ámbito sobreprotegido. Recordaba haber conocido a algunas personas como él en la Universidad de Princeton —presuntuosos y sobreeducados excéntricos de buenas familias que hablaban como si fueran primos de Katharine Hepburn—, pero yo me había criado en la Minnesota rural, en lo más profundo de una región lechera que olía a estiércol, y nunca había conseguido tener una relación muy estrecha con ellos. No me aceptaban en sus clubes, no practicaba sus deportes y me parecían un poco repulsivos físicamente, con esas calvicies prematuras y esa delicada piel de un color rosa intestinal. Después de la universidad, mientras estudiaba en Oxford con una beca, me las apañé para relacionarme con algunos de sus equivalentes británicos (entre los cuales estaba el hermano pequeño de Lady Di), pero para ellos yo no era más que una novedad, un vulgar entretenimiento del Nuevo Mundo. Cuando mi estancia en Oxford llegó a su fin, me quedé en Londres varios meses trabajando de administrativo en un pequeño bufete de abogados y solía salir con un grupo de jóvenes aristócratas fiesteros. Lo cierto es que era incapaz de seguir su ritmo: los taxis, las cuentas de los bares... Finalmente, regresé a Estados Unidos y conseguí un trabajo en *Vanity Fair* redactando titulares con juegos de palabras para edulcorados artículos sobre el diseñador de los vestidos de Nancy Reagan y las actividades de beneficencia de la esposa de Sting, pero a mi jefe no le gustaba que por las noches me quedara en casa en vez de sumergirme en la escena social y me despidieron al cabo de un año.

A Clark, sin embargo, yo parecía gustarle, y también el hecho de que a mí me gustara él. En cuanto el menú del perro comenzó a aparecer en el fax, me quedé convencido de su entusiasmo.

- 2 tazas de arroz integral recién hervido
- 1 hortaliza verde (preferiblemente calabacín) triturada en un robot de cocina
- 1 hortaliza amarilla (preferiblemente zanahorias) triturada en un robot de cocina
- 1 diente de ajo triturado en un robot de cocina
- 0,5 kg-1 kg de carne de ternera cruda triturada en un robot de cocina justo antes de ser servida
o 0,5 kg-1 kg de pavo/pollo cocinado y triturado
o 1 lata de salmón
- Una pizca de algas en polvo, 1 cucharada de levadura de cerveza, un poco de harina de carne y huesos, 2 cucharadas de germen de trigo, un poco de polen de abeja

Mientras leía este delirante y meticuloso documento, decidí que, si tenía la posibilidad, debía conocer a Clark en persona. Como novelista, sería culpable de mala praxis si no lo intentaba.

Él todavía no había terminado de intentar impresionarme. Como si creyera que se trataba de algo que daba lustre a sus credenciales para el papel de padre adoptivo del setter, me contó que vivía al lado de Tony Bennett y que por las noches podía oírlo ensayar a través de la pared. También que se había graduado en Harvard y Yale, donde había estudiado economía y matemáticas. Que podía cantar la letra de cualquier canción que yo le dijera con la melodía de la sintonía de «La isla de Gilligan» (cosa que demostró con la letra de una canción de Cole Porter). Que sabía por «fuentes» fiables que el príncipe Carlos había asesinado a Lady Di con la ayuda de un comando de soldados de élite, y que a través de un amigo suyo (el almirante de la Séptima Flota de la Armada estadounidense) se había enterado de que la República Popular China y Estados Unidos habían firmado un tratado secreto que permitía a los comunistas invadir Taiwán a su conveniencia y sin oposición.

—Ésa es la historia del siglo que viene: *Lebensraum** chino —dijo—. Volvemos a estar como en la década de 1930, antes de la guerra, y la cosa no va a terminar bien. Hágame caso, Walter, prepárese.

—¿Cómo? —pregunté.

—Con precisión.

—Lo digo en serio, ¿cómo? —pregunté—. Porque, francamente, estoy de acuerdo con algunas de las cosas que ha dicho.

—¿En lo de China?

—En la deriva general hacia un conflicto global.

—Así es como serán las cosas dentro de poco —dijo él—: Japón pronto será el porche delantero de un nuevo imperio chino que se extenderá hasta Australia y Nueva Zelanda. Nosotros nos retiraremos a Hawái y quedará establecido un nuevo orden hemisférico. Con el tiempo nos veremos obligados a renunciar a nuestras alianzas occidentales y a someternos a los intereses de Oriente. En realidad, eso ya está sucediendo, simplemente que todavía no ha sido anunciado.

Cuando le mencioné a Clark que reseñaba libros para la revista *New York*, me dijo que hacía apenas un par de días él también había escrito una reseña. Era la primera que hacía en su vida y había sido para Amazon.com. Me contó los detalles mientras estábamos al teléfono e insistió en que la leyera en ese mismo momento en mi ordenador. El libro en cuestión era *Conversaciones con Dios*, y la reseña se titulaba «Apártate, L. Ron Hubbard, aquí llega Neale Donald Walsch». Su tono altivo, reprensivo y condescendiente no se veía reflejado en su inmadura prosa:

Neale Donald Walsch, un escritor con un evidente complejo de Dios, presume de hablar por boca de éste durante una conversación imaginaria formada en su mayoría por

* Término alemán cuyo significado es «espacio vital». (*N. del t.*)

frases en primera persona con el «Yo» en mayúsculas [...]. Escrito en un formato de preguntas y respuestas, y casi en su totalidad con palabras breves y frases que ni siquiera Hemingway podría haber hecho más cortas, este libro sólo podría resultarle atractivo a alguien escasamente alfabetizado. Su filosofía de Haz-lo-que-te-parezca debería proporcionarle a cualquiera justificación suficiente para llevar un estilo de vida propio de la década de 1960 y entregarse al amor libre. En mi frase favorita (p. 61), Dios dice a través del señor Walsch que «Hitler fue al cielo».

—Parece un libro malo —dije cuando hube terminado.

—Pero ¿qué le parece la reseña?

Hay ciertos temas sobre los que no puedo mentir, así que intenté ser diplomático:

—Bueno, es enérgica.

Finalmente, llegamos al asunto de la perra. Clark lamentó el hecho de que su avión no estuviera disponible y me hizo saber que no conducía. Me preguntó entonces si podíamos enviarle a *Shelby* en tren. Yo le dije que, incluso en el caso de que Amtrak transportara animales, el tren tardaría días y no era fiable. Entonces se me ocurrió la idea de contratar a un mensajero. Me ofrecí a encontrar uno, negociar un precio y encargarme de todas las gestiones necesarias.

—Me temo que no servirá —dijo Clark.

Le pregunté por qué.

Me contestó con una larga letanía formada por sus malas experiencias con el «servicio», desde avariciosos fontaneros hasta doncellas deshonestas. Fingían heridas. Presentaban demandas. Hurtaban joyas de la familia. Era vergonzoso. La sociedad había cambiado. La gente había perdido toda noción de honor personal. La gente de cualquier nivel, alto o bajo. De hecho, era la falta de integridad de los dirigentes —los del gobierno, pero especialmente los del sector privado— lo que más lo desalentaba.

—Preferiría no utilizar a un desconocido para este trabajo. Preferiría confiárselo a un amigo —dijo—. Si le soy sincero, me preocupa la seguridad.

Por la ventana de mi despacho, vi entonces un traqueteante tren de carbón que se abría paso por la ciudad a más o menos un kilómetro de distancia y, de pronto, mi mente comenzó a divagar. Llevaba una existencia extraña en Montana, resultado de muchas decisiones también extrañas. Ocho años antes, en la primavera de 1990, había llegado desde Nueva York para escribir un artículo sobre una secta religiosa que se estaba preparando para el Armagedón. La líder de la secta, una mujer de mediana edad que aseguraba canalizar los espíritus de figuras legendarias como Buda, sir Francis Bacon y Merlín, urgía a sus seguidores a dejar sus hogares y a trasladarse a un refugio antiaéreo excavado en la ladera de una montaña. Yo aproveché para comprarme una de esas casas abandonadas por un precio bajo (el fin del mundo crea vendedores motivados), pensando que la utilizaría a modo de refugio para escribir. Terminé quedándome. Cinco años después, sentí otro impulso. Tras un noviazgo de diez meses, me casé con Maggie, la hija de diecinueve años del novelista Thomas McGuane y la actriz Margot Kidder. Yo tenía treinta y cuatro. Hice las cosas a mi manera. Ahora, tres años después, estábamos a punto de tener un bebé y vivíamos en un rancho que había adquirido por mero capricho y no tenía ni idea de cómo llevar.

—¿Nos hemos quedado sin ideas? —dijo Clark.

Él sabía que no. Tal y como les había dicho a los Piper durante la cena de la noche anterior, yo ya había ido en coche antes hasta Nueva York. Tres años atrás, unos pocos meses después de mi boda (y sintiéndome algo asfixiado en un pueblo de siete mil personas escandalizadas por mi matrimonio con una adolescente), alquilé por un breve período un pequeño loft situado en el distrito de las flores de Manhattan. También necesitaba descansar de mi nueva suegra, que había regresado a Livingston

para estar cerca de Maggie después de haber vivido en el pueblo durante su caótico apogeo bohemio de la década de 1970. El breve matrimonio de Margot con el padre de Maggie había tenido lugar durante un tumultuoso período cultural lleno de sustancias estimulantes e infidelidades, y su regreso al mismo escenario le había resultado algo perturbador. Unos pocos meses después de mi boda, se vino abajo durante una visita a Los Ángeles: comenzó a correr por el aeropuerto huyendo de unos asesinos imaginarios, se deshizo de su dentadura postiza y de su bolso, y apareció días después en la población residencial de Glendale, bajo el seto del patio de alguien y con prácticamente todo el pelo rapado. Regresó entonces a Montana para descansar y recuperarse. Cuando quise darme cuenta, se encontraba en nuestro salón y estaba siendo entrevistada por Barbara Walters, cuyo equipo me obligó a salir de casa y sentarme en la escalinata de entrada (donde se habían reunido algunos vecinos en busca del autógrafo de Barbara).

No veía el momento de dejar atrás el pueblo. Cargué el coche, metí a Maggie en un avión y salí pitando bajo una ventisca gris que no escampó hasta que llegué a Saint Paul, donde decidí tomar la ruta que pasa por Canadá en vez de la ruta sur, que atraviesa Chicago. No me tranquilicé hasta que comencé a acercarme a Nueva York. Me pregunté entonces por qué no me había quedado a vivir en Manhattan. Porque no podía permitírmelo, recordé. En mi ausencia, la ciudad se había vuelto más limpia y los precios de los inmuebles se habían disparado. La epidemia de *crack* que asolaba la ciudad cuando me marché había sido reemplazada por la de los apartamentos de lujo. Y, peor todavía, mis antiguos amigos de Princeton estaban haciéndose ricos, en algunos casos gracias a la compra de apartamentos como éstos mientras yo huía a Montana. Vestían ropa de tiendas que yo me sentía indigno de pisar, y en sus recepciones de boda tocaban grupos que grababan auténticos discos y aparecían en las listas de ventas.

Antes de que terminara la conversación telefónica con Clark, ya había decidido que le llevaría yo mismo la perra. Hubo otra llamada para concretar los detalles, pero para cuando propuso un «generoso estipendio» como muestra de su «ilimitada gratitud», ambos habíamos comprendido los términos de nuestra nueva amistad. Él me deleitaría con canciones cómicas, menús de perro y el acceso a un círculo que yo creía cerrado para mí y yo le pagaría con la indulgente lealtad que los escritores reservan para sus personajes favoritos; aquellos que, como se dice, somos incapaces de inventarnos.